

En fin, para llegar á improvisar, es preciso ejercitar mucho el talento de la palabra en las aulas, en las conferencias, en las enseñanzas privadas y públicas; es necesario recoger antes el fruto de largas vigiliass y haber manejado mucho los Libros Santos, y leído mil veces los expositores sagrados. Estos ejercicios, que deben preceder á la improvisación, son ciertamente muy penosos; pero la perseverancia todo lo consigue; esta virtud es como un árbol que tiene la raíz amarga, pero muy dulces los frutos.

CAPÍTULO VI

DE ALGUNOS EJERCICIOS PARA ADQUIRIR LA ELOCUCENCIA

Comprendemos en este capítulo, no sólo los medios para adquirir estilo propio, sino también todos aquellos que de algún modo facilitan el uso de la elocuencia. Entre estos medios, los más principales son: la lectura, apuntes, escritura, traducción, declamación, imitación y sermonarios.

I

Lectura y apuntes.

La *lectura* nos familiariza con los grandes maestros. Los modelos que para esto nos hemos de proponer se han de elegir con mucho cuidado, porque leyendo malos libros se adquieren resabios cuyo remedio es muy difícil. Conviene también que estos modelos sean en reducido número, para que la lectura sea atenta, juiciosa y reflexiva, no olvidando el precepto de que *non multa sed multum legere oportet*. Entre los buenos modelos elegidos para lectura, deben preferirse los que tengan mayor analogía con nuestro genio, inclinación y gusto; pues por feraz que sea un terreno, no puede ser á propósito para toda clase de producciones, y el buen agricultor cuida siempre de confiarle las semillas que mejor convienen á su calidad y circunstancias.

No de otro modo se han formado los grandes oradores. Las lecturas, por otra parte, despejan el entendi-

miento, ensanchan los horizontes de la razón y forman el gusto.

Para sacar mucho provecho de la lectura, es utilísimo ir anotando, con especial tino y cuidado, todo lo más notable que se lee, que nos llama la atención ó nos conmueve, porque así se crea para el porvenir un inestimable acopio que más adelante proporciona poder hablar sobre cualquier materia, evitando indagaciones difíciles y por lo común infructuosas. Si en la juventud se descuida el hacer estos *apuntes*, se deja perecer el fruto de la mayor parte de los estudios que se hacen.

El sabio Pontífice San Dámaso miraba como tiempo perdido toda lectura de la cual no se sacaban apuntes. Y el P. Mabillon deseaba que los jóvenes los comenzasen desde los primeros años de su carrera y los continuasen hasta los últimos días de su vida (1).

II

Escritura y traducción.

La *escritura* es también un ejercicio utilísimo. A todos enseña la experiencia que escribiendo y meditando con atención ocurren los argumentos más poderosos, las razones más adecuadas, las imágenes más bellas, las palabras mejores. En esa corta distancia que media entre la mente y la pluma, se perfeccionan las frases y se corrige el discurso.

Escribiendo mucho, se contrae la facilidad de aplicar las reglas del arte, y aun se conocen mejor que con la lectura. Sucede con estas reglas lo que con las de gramática; que no las sabe mejor el que las tiene en la memoria, sino el que las ejercita. La costumbre de

(1) *Tratado de los estudios monásticos*, 2.^a parte.

escribir va formando el estilo. Pero no se llega á escribir bien, sino corrigiendo los primeros escritos; la *corrección* es un ejercicio necesario. Si el escritor no se corrige, de nada le servirá el ejercitarse en la escritura; y si no escribe mejor escribiendo mucho, no conseguirá jamás un buen estilo. El ejercicio de la composición ha de ser al modo que aconseja Quintiliano: «escribiendo despacio para llegar á escribir bien, corregir mucho y limar con esmero los ensayos». La pluma es el mejor maestro para componer, *stylus optime dicendi magister*: borra á menudo, *saepe stylu vertas*, decía Horacio.

También será conveniente guardar algún tiempo los manuscritos y revisarlos luego escrupulosamente para corregir las inadvertencias: *Vos carmen reprehendite, quod non multa dies multa litura coercuit*.

Con este ejercicio de la escritura y la corrección, se da la mano otro nuevo ejercicio que no carece de importancia, es á saber: la *traducción*. Trasladar á nuestro idioma las obras extranjeras de escritores clásicos, es un medio excelente, aunque difícil, de adquirir un buen estilo. Se corre el peligro de incapacitarse hasta para escribir en el propio idioma; siempre, ó las más veces, se desfigura ó se sacrifica en la traducción el estilo de los escritores extraños; pero si en todo ó en parte se consigue salvar estos escollos, el traductor reportará grandes ventajas, su estilo se hará flexible, y pensará, hablará, escribirá con tal soltura, que parezca digno de admiración.

III

Declamación é imitación.

No es de los ejercicios menos eficaces para adquirir el estilo y las maneras propias del orador la *declama-*

ción, la cual se define así: «Un ejercicio de elocuencia, en el que se remeda la acción que debe tener lugar en un verdadero discurso.» Por esto la llama Quintiliano: meditación de las acciones del foro; y á su juicio es muy útil.

En la declamación corregirá el orador sus defectos y los de su obra. Los defectos personales podrá advertirlos en la pronunciación, en los tonos de la voz, en la acción, en el gesto, en la expresión, en la lentitud ó velocidad con que se exprese. Los de su obra, ya consistan en el plan, ya en el estilo, ya en otras circunstancias, podrá conocerlos con la repetición de estos ensayos, y oyéndose; porque el oído suele desvanecer aquel encanto falaz que engañó al predicador cuando escribía.

No puede omitirse entre los ejercicios de la elocuencia el de la *imitación* de los buenos modelos, que debe hacerse no de un modo servil, sino con cierta prudente libertad, que ni le aleje del buen sendero, ni amortigüe el genio y natural disposición. Imitando, aprendemos; la imitación es como la razón suficiente de toda clase de adelantos.

Por regla general, la imitación no satisface. Quien dice imitación, dice inferioridad respecto del original que sirve de modelo. Pero los esfuerzos del discípulo por igualar al maestro, el conato de las copias por confundirse con los originales, nos convence de las ventajas de la imitación. Quintiliano dice: «La naturaleza pocas veces nos hace semejantes, la imitación muchas.»

Cuando la imitación se reduce á trasladar á otro sentido las palabras más elegantes, las frases más escogidas de algún insigne modelo, la imitación es pueril; pero si hacemos esfuerzos para apoderarnos de su estilo haciéndole nuestro, la imitación es laudable.

Para la imitación podrán servir las reglas siguientes:

^a Después de analizar y descomponer un discurso,

será muy útil intentar recomponerlo de nuevo, sin tener á la vista más que los apuntes que se han tomado.

Este ejercicio da la medida de nuestras fuerzas, despeja el entendimiento, perfecciona el gusto, hace comprender la aplicación de las reglas y las graba en la memoria.

2.^a Leídas con mucha atención una ó dos páginas perfectamente escritas, cerrar luego el libro y tratar de expresar los mismos pensamientos por escrito, empeñándose en reproducir las figuras, los impulsos y los giros del autor, imitar sus formas y su carácter, su gracia, su exactitud, su energía. Hecho esto, compárese con el modelo, y se notarán los defectos en que se ha incurrido en la imitación.

IV

Sermonarios.

Los *sermonarios* que han merecido un juicio favorable de los hombres de gusto, son excelentes bajo diversos sentidos: como *tipos de imitación*, porque ya tenemos dicho que en la elocuencia son más eficaces los buenos modelos que los más hábiles preceptos; como *auxiliares*, para adquirir el hábito de ordenar y metodizar un discurso; como *iniciadores del buen gusto*, que á veces se extravía por la falta de dechados perfectos á quienes seguir é imitar, y como *fuentes*, para encontrar la doctrina con más facilidad que recurriendo á las obras magistrales.

Esto no obstante, no podemos aprobar el uso frecuente de los sermonarios para la predicación; pues estando acomodados al genio de su autor y á las necesidades de las personas á quienes fueron dirigidos, difi-

cilmente se hallará en las mismas circunstancias el que quiera utilizarlos de nuevo. El arte de la elocuencia y la práctica de los grandes oradores cristianos se compendian en estas palabras de Fray Luis de Granada, cuando, aconsejando al predicador que predique sus propias concepciones, dice: «Las cosas que son nuestras las tratamos con más eficacia y valentía, como armas ajustadas á nuestras fuerzas y á nuestro cuerpo (1).»

«Sólo por los medios que dejamos indicados, diremos con Capmany, se adquiere aquella discreción y acierto en la elección de las palabras, en la fuerza y verdad de las sentencias, en la solidez y eficacia de las razones y en el movimiento de los afectos que caracterizan á los grandes oradores y literatos.»

(1) *Retór. ecles.*, lib. VII, cap. II.

TERCERA PARTE

DE LAS VARIAS ESPECIES DE ELOCUCIÓN SAGRADA

DEL DISCURSO SAGRADO

I

Idea y carácter del estilo sagrado.

La elocuencia sagrada, como ya tenemos indicado, consiste esencialmente en predicar á los hombres la palabra divina.

Los SS. Padres compararon la predicación del Evangelio á una especie de segunda encarnación. Así, decía Orígenes (1): *Panis, quem Deus verbum suum esse fatetur, verbum est nutritorium animarum*, y Tertuliano (2) expresa el mismo pensamiento, lo cual explica Audizio diciendo: «El verbo se encarna tantas veces en los labios del sacerdote cuantas anuncia éste su Evangelio.»

De estas palabras claramente se desprende que no hay una idea más grandiosa y una instrucción más bella é importante que la de reunir á los hombres en el templo para recordarles y persuadirles sus deberes, es-

(1) *Hom. 35 in Math.*

(2) *De Resurrec. Carnis*, 37.